

DON JOSÉ DE ESPRONCEDA.

« Que así castiga Dios el alma osada,
Que aspira loca, en su delirio insano,
De la verdad para el mortal velada
A descubrir el insondable arcano. »

¡Oh! cesa; no, yo no quiero
Ver mas, ni saber ya nada:
Harta mi alma y postrada,
Solo anhela descansar.
En mí muera el sentimiento,
Pues ya murió mi ventura,
Ni el placer ni la tristura
Vuelvan mi pecho á turbar.

Pasad, pasad en óptica ilusoria
Y otras jóvenes almas engañad:
Nacaradas imágenes de gloria,
Coronas de oro y de laurel, pasad.

Pasad, pasad, mujeres voluptuosas,
Con danza y algazara en confusion;
Pasad como visiones vaporosas
Sin conmovér ni herir mi corazón.

Y aturdan mi revuelta fantasía
Los brindis y el estruendo del festín,
Y huya la noche y me sorprenda el día
En un letargo estúpido y sin fin.

Ven, Jarifa; tú has sufrido
Como yo; tú nunca lloras;
Mas ¡ay triste! que no ignoras
Cuan amarga es mi afliccion.

Una misma es nuestra pena,
En vano el llanto contiene....
Tú tambien, como yo, tienes
Desgarrado el corazón.

CUENTO.

EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA.

PARTE PRIMERA.

Sus fueros sus bríos,
Sus premáticas su voluntad.
QUIJOTE.— *Parte primera.*

Era mas de media noche,
Antiguas historias cuentan,
Cuando en sueño y en silencio
Lóbrega envuelta la tierra,
Los vivos muertos parecen,
Los muertos la tumba dejan.
Era la hora en que acaso
Temerosas voces suenan
Informes, en que se escuchan
Tácitas pisadas huecas,
Y pavorosas fantasmas
Entre las densas tinieblas

Vagan, y aullan los perros
 Amedrentados al verlas :
 En que tal vez la campana
 De alguna arruinada iglesia
 Da misteriosos sonidos
 De maldicion y anatema,
 Que los sábados convoca
 A las brujas á su fiesta.
 El cielo estaba sombrío,
 No vislumbraba una estrella,
 Silvaba lúgubre el viento,
 Y allá en el aire, cual negras
 Fantasmas, se dibujaban
 Las torres de las iglesias,
 Y del gótico castillo
 Las altísimas almenas,
 Donde canta ó reza acaso
 Temeroso el centinela.
 Todo en fin á media noche
 Reposaba, y tumba era
 De sus dormidos vivientes
 La antigua ciudad que riega
 El Tormes, fecundo río,
 Nombrado de los poetas,
 La famosa Salamanca,
 Insigne en armas y letras,
 Patria de ilustres varones,
 Noble archivo de las ciencias.
 Súbito rumor de espadas
 Cruje y un ¡ay! se escuchó;
 Un ay moribundo, un ay
 Que penetra el corazón,
 Que hasta los tuétanos hiela
 Y da al que lo oyó temblor.
 Un ¡ay! de alguno que al mundo
 Pronuncia el último á Dios.

El ruido
 Cesó,
 Un hombre
 Pasó
 Embozado,

Y el sombrero
 Recatado
 A los ojos
 Se caló.
 Se desliza
 Y atraviesa
 Junto al muro
 De una iglesia,
 Y en la sombra
 Se perdió.

Una calle estrecha y alta,
 La calle del Ataud,
 Cual si de negro crespon
 Lóbrego eterno capuz
 La vistiera, siempre oscura
 Y de noche sin mas luz
 Que la lámpara que alumbra
 Una imágen de Jesus,
 Atraviesa el embozado
 La espada en la mano aun,
 Que lanzó vivo reflejo
 Al pasar frente á la cruz.

Cual suele la luna tras lóbrega nube
 Con franjas de plata bordarla en redor
 Y luego si el viento la agita, la sube
 Disuelta á los aires en blanco vapor :

Así vaga sombra de luz y de nieblas,
 Mística y aérea dudosa vision,
 Ya brilla, ó la esconden las densas tinieblas
 Cual dulce esperanza, cual vana ilusion,

La calle sombría, la noche ya entrada,
 La lámpara triste ya pronta á espirar,
 Que á veces alumbra la imágen sagrada
 Y á veces se esconde la sombra á aumentar.

El vago fantasma que acaso aparece,
 Y acaso se acerca con rápido pié,

Y acaso en las sombras tal vez desaparece,
Cual ánima en pena del hombre que fué,

Al mas temerario corazon de acero
Recelo inspirara, pusiera pavor ;
Al mas maldiciente feroz bandolero
El rezo á los labios trajera el temor.

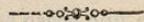
Mas no al embozado, que aun sangre su espada
Destila, el fantasma terror infundió,
Y, el arma en la mano con fuerza empuñada,
Osado á su encuentro despacio avanzó.

Segundo don Juan Tenorio,
Alma fiera é insolente,
Irreligioso y valiente,
Altanero y reñidor :
Siempre el insulto en los ojos,
En los labios la ironía,
Nada teme y todo fia
De su espada y su valor.

Corazon gastado, mofa
De la mujer que corteja,
Y, hoy despreciándola, deja
La que ayer se le rindió.
Ni el porvenir temió nunca,
Ni recuerda en lo pasado
La mujer que ha abandonado,
Ni el dinero que perdió.

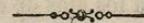
Ni vió el fantasma entre sueños
Del que mató en desafío,
Ni turbó jamás su brio
Recelosa prevision.

Siempre en lances y en amores,
Siempre en báquicas orgias,
Mezcla en palabras impías
Un chiste á una maldicion.



En Salamanca famoso
Por su vida y buen talante,
Al atrevido estudiante
Le señalan entre mil ;
Fueros le da su osadía,
Le disculpa su riqueza,
Su generosa nobleza,
Su hermosura varonil.

Que su arrogancia y sus vicios,
Caballeresca apostura,
Agilidad y bravura
Ninguno alcanza á igualar :
Que hasta en sus crímenes mismos,
En su impiedad y altiveza,
Pone un sello de grandeza
Don Felix de Montemar.



Bella y mas pura que el azul del cielo
Con dulces ojos lánguidos y hermosos,
Donde acaso el amor brilló entre el velo
Del pudor que los cubre candorosos ;
Tímida estrella que refleja al suelo
Rayos de luz brillantes y dudosos,
Angel puro de amor que amor inspira,
Fué la inocente y desdichada Elvira.

Elvira, amor del estudiante un dia,
Tierna y feliz y de su amante ufana,
Cuando al placer su corazon se abria,
Como al rayo del sol rosa temprana :
Del fingido amator que la mentia,
La miel falaz que de sus labios mana
Bebe en su ardiente sed, el pecho ajeno
De que oculto en la miel hierve el veneno.

Que no descansa de su madre en brazos
Mas descuidado el candoroso infante,

Que ella en los falsos lisonjeros lazos
 Que teje astuto el seductor amante :
 Dulces caricias, lánguidos abrazos,
 Placeres ¡ay! que duran un instante
 Que habrán de ser eternos imagina
 La triste Elvira en su ilusion divina.

Que el alma virgen que halagó un encanto
 Con nacarado sueño en su pureza,
 Todo lo juzga verdadero y santo,
 Presta á todo virtud, presta belleza.
 Del cielo azul al tachonado manto,
 Del sol radiante á la inmortal riqueza,
 Al aire, al campo, á las fragantes flores,
 Ella añade esplendor, vida y colores.

Cifró en don Felix la infeliz doncella
 Toda su dicha, de su amor perdida ;
 Fueron sus ojos á los ojos de ella
 Astros de gloria, manantial de vida.
 Cuando sus labios con sus labios sella
 Cuando su voz escucha embebecida,
 Embriagada del dios que la enamora,
 Dulce le mira, extática le adora.

PARTE SEGUNDA.

..... Except the hollow sea's,
 Mourns o' er the beauty of the Cyclades.
 BYRON.— *D. Juan*, canto 4.

Está la noche serena
 De luceros coronada,
 Terso el azul de los cielos
 Como trasparente gasa.

Melancólica la luna
 Va trasmontando la espalda
 Del otero : su alba frente
 Tímida apenas levanta,

Y el horizonte ilumina,
 Pura virgen solitaria,
 Y en su blanca luz sūave
 El cielo y la tierra baña.

Deslízase el arroyuelo
 Fúlgida cinta de plata
 Al resplandor de la luna,
 Entre franjas de esmeralda.

Argentadas chispas brillan
 Entre las espesas ramas,
 Y en el seno de las flores
 Tal vez aduermen las auras.

Tal vez despiertas susurran,
 Y al desplegarse sus alas,
 Mecen el blanco azahar,
 Mueven la aromosa acacia,

Y agitan ramas y flores
Y en perfumes se embalsaman :
Tal era pura esta noche
Como aquella en que sus ala

Los ángeles desplegaron
Sobre la primera llama
Que amor encendió en el mundo,
Del Eden en la morada.

¡Una mujer! ¿Es acaso
Blanca silfa solitaria,
Que entre el rayo de la luna
Tal vez misteriosa vaga?

Blanco es su vestido, ondea
Suelto el cabello á la espalda,
Hoja tras hoja las flores
Que lleva en su mano, arranca.

Es su paso incierto y tardo,
Inquietas son sus miradas,
Mágico ensueño parece
Que halaga engañosa el alma.

Ora, vedla, mira al cielo,
Ora suspira, y se pára :
Una lágrima sus ojos
Brotan acaso y abrasa

Su mejilla; es una ola
Del mar que en fiera borrasca
El viento de las pasiones
Ha alborotado en su alma.

Tal vez se sienta, tal vez
Azorada se levanta;
El jardín recorre ansiosa,
Tal vez á escuchar se pára.

Es el susurro del viento,
Es el murmullo del agua,
No es su voz, no es el sonido
Melancólico del arpa.

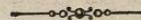
Son ilusiones que fueron :
Recuerdos ¡ay! que te engañan,
Sombras del bien que pasó.....
Ya te olvidó el que tú amas.

Esa noche y esa luna
Las mismas son que miraran
Indiferentes tu dicha,
Cual ora ven tu desgracia.

¡Ah! llora sí, ¡pobre Elvira!
¡Triste amante abandonada!
Esas hojas de esas flores
Que distraida tú arrancas,

¿Sabes adónde, infeliz,
El viento las arrebató?
Donde fueron tus amores,
Tu ilusión y tu esperanza.

Deshojadas y marchitas,
¡Pobres flores de tu alma!



Blanca nube de la aurora,
Teñida de ópalo y grana,
Naciente luz te colora
Refulgente precursora
De la cándida mañana.

Mas ¡ay! que se disipó
Tu pureza virginal,
Tu encanto el aire llevó
Cual la ventura ideal
Que el amor te prometió.

Hojas del árbol caídas
Juguetes del viento son :

Las ilusiones perdidas
¡Ay! son hojas desprendidas
Del árbol del corazón!

¡El corazón sin amor!
Triste páramo cubierto
Con la lava del dolor,
Oscuro inmenso desierto
Donde no nace una flor!

Distante un bosque sombrío,
El sol cayendo en la mar,
En la playa un aduar,
Y á lo lejos un navío
Viento en popa navegar;

Óptico vidrio presenta
En fantástica ilusión,
Y al ojo encantado ostenta
Gratas visiones, que aumenta
Rica la imaginación.

Tú eres, mujer, un fanal
Trasparente de hermosura:
¡Ay de tí! si por tu mal
Rompe el hombre en su locura
Tu misterioso cristal.

Mas ¡ay! dichosa tú, Elvira,
En tu misma desventura,
Que aun deleites te procura,
Cuando tu pecho suspira,
Tu misteriosa locura:

Que es la razón un tormento,
Y vale más delirar
Sin juicio, que el sentimiento
Cuerdamente analizar,
Fijo en él el pensamiento.

Vedla, allí va que sueña en su locura
Presente el bien que para siempre huyó
Dulces palabras con amor murmura:
Piensa que escucha al pérfido que amó.

Vedla, postrada su piedad implora
Cual si presente le mirara allí:
Vedla, que sola se contempla y llora,
Miradla delirante sonreír.

Y su frente en revuelto remolino
Ha enturbiado su loco pensamiento,
Como nubló que en negro torbellino
Encubre el cielo y amontona el viento,

Y vedla cuidadosa escoger flores,
Y las lleva mezcladas en la falda,
Y, corona nupcial de sus amores,
Se entretiene en tejer una guirnalda.

Y en medio de su dulce desvarío
Triste recuerdo el alma le importuna
Y al márgen va del argentado río,
Y allí las flores echa de una en una;

Y las sigue su vista en la corriente,
Una tras otras rápidas pasar,
Y confusos sus ojos y su mente
Se siente con sus lágrimas ahogar:

Y de amor canta, y en su tierna queja
Entona melancólica canción,
Canción que el alma desgarrada deja,
Lamento ¡ay! que llaga el corazón.

¿Qué me valen tu calma y tu ternura,
Tranquila noche, solitaria luna,
Si no calmais del hado la crudeza,
Ni me dais esperanza de fortuna?

¿Qué me valen la gracia y la belleza,
Y amar como jamás amó ninguna,
Si la pasión que el alma me devora,
La desconoce aquel que me enamora?

Lágrimas interrumpen su lamento,
Inclina sobre el pecho su semblante,
Y de ella en derredor susurra el viento
Sus últimas palabras, sollozante.

.....
.....
.....
.....

Murió de amor la desdichada Elvira,
Cándida rosa que agostó el dolor,
Süave aroma que el viajero aspira
Y en sus alas el aura arrebató.

Vaso de bendición, ricos colores
Reflejó en su cristal la luz del día,
Mas la tierra empañó sus resplandores,
Y el hombre lo rompió con mano impía.

Una ilusión acarició su mente :
Alma celeste para amar nacida,
Era el amor de su vivir la fuente,
Estaba junta á su ilusión su vida.

Amada del Señor, flor venturosa,
Llena de amor murió y de juventud :
Despertó alegre una alborada hermosa,
Y á la tarde durmió en el ataúd.

Mas despertó también de su locura
Al término postrero de su vida,
Y al abrirse á sus piés la sepultura,
Volvió á su mente la razón perdida.

¡La razón fría! ¡la verdad amarga!
¡El bien pasado y el dolor presente!...
¡Ella feliz! ¡que de tan dura carga
Sintió el peso al morir únicamente!

Y conociendo ya su fin cercano,
Su mejilla una lágrima abrasó ;
Y así al infiel con temblorosa mano,
Moribunda su víctima escribió :

« Voy á morir : perdona si mi acento
Vuela importuno á molestar tu oído :
Él es, don Felix, el postrer lamento
De la mujer que tanto te ha querido.
La mano helada de la muerte siento...
A Dios : ni amor ni compasión te pido...
Oye y perdona si al dejar el mundo,
Arranca un ¡ ay ! su angustia al moribundo.

« ¡ Ah ! para siempre á Dios. Por tí mi vida
Dichosa un tiempo resbalar sentí,
Y de la palabra de tu boca oída,
Éxtasis celestial fué para mí.
Mi mente aun goza en la ilusión querida
Que para siempre ¡ mísera ! perdí...
¡ Ya todo huyó, desapareció contigo!
¡ Dulces horas de amor, yo las bendigo !

« Yo las bendigo, sí, felices horas,
Presentes siempre en la memoria mía,
Imágenes de amor encantadoras,
Que aun vienen á halagarme en mi agonía
Mas ¡ ay ! volad, huid, engañadoras
Sombras, por siempre ; mi postrero día
Ha llegado : perdon, perdon, ¡ Dios mío !
Si aun gozo en recordar mi desvarío.

« Y tú, don Felix, si te causa enojos
Que te recuerde yo mi desventura ;
Piensa están hartos de llorar mis ojos
Lágrimas silenciosas de amargura,

Y hoy, al tragar la tumba mis despojos,
 Concede este consuelo á mi tristura :
 Estos renglones compasivo mira ;
 Y olvida luego para siempre á Elvira.

« Y jamás turbe mi infeliz memoria
 Con amargos recuerdos tus placeres ;
 Goces te dé el vivir, triunfos la gloria,
 Dichas el mundo, amor otras mujeres :
 Y si tal vez mi lamentable historia
 A tu memoria con dolor trajeres,
 Llórame, sí; pero palpíte exento
 Tu pecho de roedor remordimiento.

« A Dios por siempre, á Dios : un breve instante
 Siento de vida, y en mi pecho el fuego
 Aun arde de mi amor; mi vista errante
 Vaga desvanecida... ¡ calma luego,
 Oh muerte, mi inquietud!... ¡ Sola... espirante!...
 Amame : no, perdona : ¡ inútil ruego!
 A Dios, á Dios ¡ tu corazón perdí!
 — ¡ Todo acabó en el mundo para mí ! »

Así escribió su triste despedida
 Momentos antes de morir, y al pecho
 Se estrechó de su madre dolorida,
 Que en tanto inunda en lágrimas su lecho.

Y exhaló luego su postrer aliento,
 Y á su madre sus brazos se apretaron
 Con nervioso y convulso movimiento,
 Y sus labios un nombre murmuraron.

Y huyó su alma á la mansion dichosa
 Do los ángeles moran... Tristes flores
 Brota la tierra en torno de su losa;
 El céfiro lamenta sus amores.

Sobre ella un sauce su ramaje inclina,
 Sombra le presta en lánguido desmayo,
 Y allá en la tarde, cuando el sol declina,
 Baña su tumba en paz su último rayo...

PARTE TERCERA.

CUADRO DRAMÁTICO.

Sarg. ¿Teneis mas que parar?

Franco. Paro los ojos.

.....
 Los ojos sí, los ojos : que descreo
 Del que los hizo para tal empleo.

MORETO.— *San Franco de Sena.*

PERSONAS.

D. FELIX DE MORTEMAR.

D. DIEGO DE PASTRANA.

SEIS JUGADORES.

En derredor de una mesa
 Hasta seis hombres están,
 Fija la vista en los naipes,
 Mientras juegan al parar;

Y en sus semblantes se pintan
 El despecho y el afán :
 Por perder desesperados,
 Avarientos por ganar.

Reina profundo silencio,
 Sin que lo rompa jamás
 Otro ruido que el del oro,
 O una voz para jurar.